



A1055 (A1056)

10/11/2000

## **DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LAS XIX JORNADAS DEL CIRCULO DE ECONOMÍA**

Sitges (Barcelona), 10-11-2000

Muchas gracias, querido presidente, querido Salvador, y muy buenas tardes a todos. Muy agradecido por su presencia.

Para mí es un placer participar en estas Jornadas del Círculo de Economía, cosa que, como ha dicho Salvador, nunca había hecho; había estado en el Círculo de Economía, pero nunca había participado en estas Jornadas, y para mí es una gran satisfacción y poder volver después de algún tiempo a Sitges, donde espero volver con algo más de tiempo y algo más de tranquilidad, también.

Yo quiero decirles que hace aproximadamente una semana u ocho días estaba también en Barcelona, invitado por ESADE, y en esa oportunidad, donde se cumplían seis meses de trayectoria de nuevo Gobierno, yo creí que era oportuno el hacer una reflexión y hacer unas consideraciones sobre lo que habían sido esos seis meses de Gobierno, en cuanto a su iniciativa, sus planteamientos, y también plantear, respecto del futuro, lo que serían las iniciativas más importantes del Gobierno para el próximo año, bien sea desde el punto de vista del comienzo de los debates de una nueva reforma fiscal, de la aplicación de las consecuencias de lo que yo deseo que sea una reforma laboral, de los proyectos de reforma educativa, de los proyectos de reforma de la Justicia, de la financiación territorial, de la financiación autonómica; es decir, quise explicar en ese momento lo que eran los proyectos del Gobierno.

No es una casualidad para una persona como yo, que tiene la satisfacción y el honor de haber llegado a presidir el Gobierno de España, estar cerca de la realidad social de Cataluña, estar cerca de la realidad empresarial de Cataluña. Eso para mí no solamente es un motivo de satisfacción, tampoco es exactamente --llamémosle-- una propensión utilitaria, sino es una necesidad, es una muy grata necesidad, y es la necesidad de mantener un contacto directo con una realidad pujante, que interesa, no solamente a Cataluña, sino al conjunto de España.

En todo caso, siempre puede haber algún elemento de preocupación. Quiero decir que yo estaba hace tres semanas en Barcelona, en Cataluña; estaba la semana pasada y estoy ésta también. Ya quiero decir que la semana que viene no podré venir, porque estoy de viaje, como decía nuestro amigo Salvador. Estoy de viaje, pero volveré pronto. No es para mí un viaje sino, como digo, una vocación y una necesidad estar cerca de la realidad catalana; por eso me alegra muy especialmente estar hoy aquí y por eso me

alegra muy especialmente el haber podido aceptar vuestra invitación para participar en esta Reunión.

Yo quiero hablar esta tarde en Sitges, con permiso del presidente del Círculo de Economía, fundamentalmente sobre oportunidades: oportunidades para seguir creando riqueza, oportunidades para seguir creciendo y para seguir compartiendo la prosperidad. Quiero seguir hablando de oportunidades para profundizar más en eso que llamamos hacer país y más aún para que nuestro país siga haciéndose a sí mismo, lo cual es aún más importante; oportunidades para lograr y para llegar a una sociedad de pleno empleo, en la que las familias de hoy puedan vivir con más posibilidades, con más holgura, que las familias de nuestros padres, y oportunidades que yo creo que están, como no han estado nunca, al alcance de nuestra mano. Conseguirlas, poder acceder a ellas, poder tener, poder acceder, a una serie de objetivos que hasta hace poco tiempo, sencillamente, eran algo más que un sueño difícil de alcanzar para el conjunto de la sociedad española.

Por lo tanto, de lo que yo quiero hoy hablar, y también escuchar, es de oportunidades, que no se obtienen sin esfuerzo y que exigen que participemos más en Europa y que participemos más en América, sin dejar de mirar lo que es el resto del mundo y cómo podemos movernos en él. Pero también quiero significar que eso supone que nos empeñemos en unas políticas abiertas, reformadoras, de apertura interior, dentro de nuestras fronteras.

Lograr lo que como sociedad podemos proponernos nos obliga también, en mi opinión, a no bajar la guardia en el rigor de nuestra política económica y en la intensidad de nuestro impulso liberalizador. Yo soy de los que cree que ningún pueblo puede creer que son firmes sus señas de identidad si éstas sólo existen en la medida en que algún poder público ejerce un protagonismo que la sociedad civil, de hecho, se puede resistir o se resiste a asumir por sí misma.

Para Cataluña yo creo que la España actual, la España de hoy y la España de mañana, es una gran oportunidad de progreso y, para todos, Europa y el mundo globalizado son también unas buenas oportunidades de progreso.

La empresa de la unidad europea, la empresa europea, va a experimentar próximamente una ampliación que supondrá la integración en un espacio común de más de 400 millones de personas, en el que no existirán barreras ni para moverse, ni para residir, ni para comerciar, ni para invertir. Y Europa se va a consolidar como el mercado más importante del mundo, capaz de competir entonces con los Estados Unidos y con el Este asiático.

Cataluña, al ser una Comunidad tan dinámica, tiene también en Europa una gran oportunidad para desarrollar un potencial que aún puede ser, en mi opinión, más aprovechado.

El principal deber del Gobierno, y creo que del resto de las autoridades públicas, es el de ofrecer un marco político y económico estable, que elimine barreras y trabas para que las iniciativas de nuestro país puedan tener un lugar desde el que competir. Yo quiero decirles a todos que, en mi opinión --y volveré al final sobre ello--, éste es un

momento crucial, en el que precisamente debemos volcarnos al exterior para sacar de nosotros mismos lo mejor que somos capaces de dar.

Creo que la sociedad civil no puede perder nada de su energía en algo que no sea impulsar aún más su desarrollo, y creo que los poderes públicos no deben perder el tiempo de su mandato electoral en practicar el proteccionismo económico o el paternalismo político. Pienso que pierde el tiempo el político que se refugia en querellas acerca del pasado o que pretende simplemente centrarse en debates de salón. Creo, en definitiva, que los poderes públicos tenemos que estimular las bases de un espíritu cívico, definitivamente abierto, libre, que se apoya en la educación y en las nuevas tecnologías para aumentar la movilidad de las empresas y de los españoles, para aumentar la autonomía de la sociedad y de todas y cada una de las personas que integramos la sociedad.

Avanzamos hacia un mundo en donde retroceden las naciones --digo "retroceden las naciones"-- que conservan demasiados compartimentos estancos en su interior. Para mí la pluralidad es exactamente el concepto contrario al de los compartimentos estancos. Y creo que cualquier programa que se piense para construir diferencias y barreras artificiales es también un programa que va en contra de la pluralidad y que, más que eso, es un programa que actuará de freno a los valores que tienen la verdadera fuerza de nuestro tiempo.

Recientemente, en el Consejo Europeo de Lisboa, que me ha parecido uno de los últimos Consejos Europeos verdaderamente relevantes e importantes, hemos fijado un objetivo audaz, pero que creo que es un objetivo posible, y es alcanzar una situación de pleno empleo para el año 2010. Yo creo que nuestro continente tiene unos fundamentos económicos sólidos, pero para mí resulta evidente que necesitamos seguir un camino muy claro de reformas estructurales, de liberalizaciones, si realmente sentimos la ambición de que Europa mantenga su lugar de referencia en el siglo XXI.

A finales del año 2001 liberalizaremos los mercados europeos de telecomunicaciones. Hoy el Consejo de Ministros ha aprobado una nueva liberalización y apertura de la competencia en telecomunicaciones, mediante el anuncio de convocatoria de un nuevo concurso para dos nuevas licencias de comunicaciones en el primer trimestre del año 2001, del próximo año. A medio plazo, además de eso, quiero decir que tenemos que acelerar la liberalización e integración de otros sectores, como son el de los servicios financieros, la electricidad, el gas, los correos o el transporte. Y yo creo que aquí residirá, en gran medida, la diferencia entre la capacidad para atraer inversiones o la incapacidad para atraerlas y, en consecuencia, la desviación hacia fuera de esas inversiones.

Soy muy consciente y quiero decirles que los cambios siempre han generado miedo en quienes usufructúan el estatus quo económico, social, político y cultural. Eso es natural pero, por ser natural, no hay por qué no afirmar que es un factor retardatario en este momento. Quiero poner al respecto un ejemplo. Hasta hace poco se escuchaba con demasiada frecuencia que las liberalizaciones, por ejemplo, minaban el Estado del Bienestar. En mi opinión, el decir ahora que eso no es cierto es quedarse a mitad de camino. Para mí resulta cada vez más evidente que esas reformas económicas, esas liberalizaciones, son la única garantía para salvaguardar nuestros sistemas de bienestar social.

Yo creo que esa corriente de reformas en los Estados y en los países no solamente es imparabile, sino que es en sí misma deseable. Y hoy, como ayer, la tarea de los Gobiernos es extender los beneficios de estos cambios a la gran mayoría de la población; es decir, renunciar a la tentación de acaparar recursos y, en cambio, establecer las condiciones que permitan que las empresas creen empleo, es decir, que creen más cohesión social.

Esto significa reducir la dependencia de las ayudas públicas para subir el nivel y la calidad de la educación y de la formación continua, y eso significa también hacerlo marcando un calendario específico que demuestre un claro propósito de cumplirlo ante la comunidad internacional.

Quiero decirles --y no les extrañará que lo diga, y además los datos, en gran medida, así lo avalan-- que la trayectoria económica de nuestro país es, en los últimos años, sumamente positiva. Muchos países europeos firmarían sin dudar un comportamiento similar al de una economía en un año marcado por el alza de precios del petróleo. Este año vamos a crecer también vigorosamente. Habíamos previsto un crecimiento del 3'7 por 100 y, según datos del Banco de España, en el tercer trimestre de este año estamos creciendo al 4 por 100.

Yo no creo, sinceramente, que nadie pueda decir sin sonrojarse que ésta es una trayectoria o que son unas perspectivas negativas. Encaramos ya nuestro quinto año consecutivo con un crecimiento del Producto Bruto superior al 3'5 por 100, es decir, entre el 3'5 y el 4 por 100, y esto significa el período de expansión más prolongado e intenso del último cuarto de siglo en España.

Quiero decir que, además, ese crecimiento se ha traducido en una fuerte creación de empleo y que la tasa de paro ha disminuido más de diez puntos porcentuales desde principios de 1996. Hemos superado, en términos de la Encuesta de Población Activa, los catorce millones y medio de ocupados; hemos superado claramente los 15.200.000 cotizantes afiliados a la Seguridad Social, y seguimos creando empleo a un ritmo extraordinariamente vigoroso. Es decir, se siguen generando oportunidades en la sociedad española y, es decir, eso nos obliga a todos, y muy especialmente a los interlocutores económicos y sociales, a los empresarios y a los sindicatos, a valorar muy bien la responsabilidad que tienen en este momento. De lo que se trata es de seguir dando oportunidades de trabajo a mucha gente en España y de mejorar la calidad de esas condiciones de trabajo.

Yo, por lo tanto, vuelvo a instar a empresarios y sindicatos a que no desaprovechen la oportunidad de que una economía en expansión, en crecimiento y con una fuerte generación de empleo en este momento nos obliga a seguir adoptando medidas para dar más oportunidades de trabajo a un mayor número de españoles, a un mayor número de personas y de familias españolas.

Quiero decir que esto, en mi opinión, nos sitúa en un punto de partida muy importante y muy favorable a la hora de afrontar las próximas etapas. La buena marcha es sostenible, yo creo, si perseveramos en las políticas que hemos iniciado hace algunos años.

En primer lugar, hemos logrado culminar con éxito la consolidación fiscal que emprendimos hace años. Partiendo de niveles de déficit superiores al 7 por 100, hemos llegado a equilibrar por completo las cuentas públicas. Esto ha dejado mayor margen de maniobra al sector privado para financiarse y para invertir. La Ley de Estabilidad Presupuestaria, que es una necesidad, en mi opinión, muy clara que sea aprobada y que obligue y afecte a todas las Administraciones, contribuirá a lograr que esa norma y que esa situación sean la regla de aquí en adelante y no sean la excepción. Para eso es necesario la colaboración, el compromiso y la gestión responsable de todos: del Estado, de las Comunidades Autónomas y de las Haciendas Locales.

En segundo lugar, nuestra pertenencia a la zona euro es una garantía de estabilidad monetaria y financiera. Es cierto que se ha producido un repunte de tipos de interés, pero éstos son mucho más bajos que los habituales en nuestro país hasta hace sólo unos pocos años. Con todo, lo más relevante es que en medio de un shock petrolífero se han movido nuestros tipos de interés en línea con los del resto de Europa, como no podía ser de otra manera al formar parte de la Unión Monetaria.

Lo que quiero destacar es que ya no se producirán entre nosotros los episodios de inestabilidad, de crisis monetaria, de crisis cambiarias, de pérdida de credibilidad, de fuertes y dañinos aumentos de interés, de devaluaciones de nuestra moneda; y que esos episodios ya no existen en la vida económica de nuestro país y ya no cercenan nuestras posibilidades de prolongar el crecimiento, como ocurría anteriormente.

Ahora los gobernantes tenemos que hacer el esfuerzo de definir con más claridad y honestidad qué áreas de actividad y qué servicios dentro de nuestro modelo requieren la participación del sector público y cuáles no, y, en consecuencia, dejar entrar a la iniciativa social como vía más rápida para la generación de empleo, de prosperidad y de bienestar.

Por dar sólo un dato, las empresas públicas autonómicas han pasado de ser 130 en 1990 a 314 en 1999, lo que supone un crecimiento del 142 por 100, y las empresas públicas municipales alcanzaron en 1999 la cifra de 864; en total, unas y otras, empresas públicas autonómicas y locales, suman 1.178 empresas.

Sinceramente, les quiero decir que no creo que ésa sea la dirección correcta; más bien, creo que para afianzar nuestro ritmo de crecimiento es preciso no cejar en nuestro compromiso con las reformas estructurales.

En los últimos años las medidas de liberalización y flexibilización de nuestra economía se han sucedido, venciendo la resistencia de muchos y creo que superando las expectativas de algunos. Este proceso aún no se ha agotado y el hecho de que España sea exportadora neta de capital, es decir, el hecho de que tengamos hoy un país que es el sexto inversor del mundo, significa que nuestro país ha pasado a ser un protagonista activo de la economía internacional.

Si a eso le añadimos el dato de que nuestro grado de apertura económica se acerca ya al 60 por 100 del Producto Interior Bruto, es decir, que nuestra economía es más abierta que la media de los países de la OCDE, ya sería un dato suficientemente expresivo; pero confirmar que nuestro grado de apertura es superior al de Alemania, al de Francia o a de

Italia nos debe llevar a pensar que tenemos una economía muy capaz hoy de competir en el mundo.

Estamos, por lo tanto, como decía el presidente del Círculo, ante uno de nuestros desafíos y de nuestros retos más importantes. Nuestro gran objetivo debe ser situar a España entre los países punteros de Europa, y ese objetivo pasa, sin duda, por un mayor peso y una mayor internacionalización de nuestro tejido empresarial.

Que una marca española, que una empresa española, compita en el mercado de otro país tiene, al menos, una doble responsabilidad: su éxito como empresa y su contribución al prestigio y reputación del país al que pertenece. Por esta razón, nuestros esfuerzos, el del Gobierno y el de las empresas, son claramente complementarios. El de los Gobiernos tiene que ser el de vigilar que los mercados sean cada vez más competitivos y más flexibles, y mi compromiso como Presidente es precisamente facilitar que nuestros emprendedores y que nuestras empresas accedan al mercado internacional en las mejores condiciones de competitividad posible; que se amplíen los mercados a los que tradicionalmente se dirigen.

Desde ese punto de vista, Iberoamérica es siempre una oportunidad para los que disfrutamos, entre otras cosas, de una lengua que hablan varios cientos de millones de personas en el mundo. Si ahora estamos viendo que hasta los que quieren acceder a la Presidencia de los Estados Unidos --y van a seguir teniendo, al menos durante unas semanas, la pretensión de seguir accediendo a la Presidencia de los Estados Unidos, según parece-- tienen que hacer el esfuerzo de aprender el español, yo creo que bien merece la pena que lo cultivemos, que lo usemos y que lo transmitamos a las siguientes generaciones quienes lo tenemos por idioma común, sea o no sea nuestra lengua materna.

Además de Europa y de América, podemos llegar también más lejos. Asia es también un espacio en el que hemos de encontrar un lugar y por eso hemos definido a Extremo Oriente como una zona prioritaria de la política exterior española. Vamos a incrementar los contactos políticos en la zona, vamos a aumentar nuestra presencia comercial, vamos a potenciar la enseñanza del español como vector de nuestra acción cultural e introducir la marca "España" como un elemento de referencia.

También nuestra vinculación a Europa y nuestra vinculación a Iberoamérica, donde somos en unos países el primer inversor del mundo, en otros países el segundo inversor del mundo, nos pueden ser de gran utilidad en este propósito de expansión por el mundo asiático.

Pero nuestros objetivos en Europa y en el mundo no deben hacernos olvidar que también tenemos que prestar atención a lo que ocurre aquí dentro, y ya he hecho alguna referencia a ello. Pero también quiero decir que nuestras líneas de actuación requieren una política de defensa de la competencia que proteja los intereses de los consumidores.

Todos sabemos muy bien que esta economía sin fronteras genera fuertes concentraciones empresariales y estos procesos buscan mayor solidez en las empresas resultantes y buscan aprovechar las ganancias de eficiencia que el tamaño y las economías de escala reportan. Esta mayor eficiencia es beneficiosa, pero la contrapartida de un mayor poder es usarlo en detrimento de los consumidores. Y quiero

decirles claramente que el Gobierno no aceptará esto, se mantendrá vigilante y, si es necesario, aconsejado por los órganos de Defensa de la Competencia, actuará en consecuencia para evitarlo.

Por otro lado, también es necesario tener en cuenta que hace bien poco tiempo el Consejo Económico y Social, en un extenso informe, ha puesto de relieve riesgos de fragmentación del mercado interior español. Merece la pena también que todos dediquemos alguna reflexión a este punto y a este extremo. Creo que pocos llegarán a la conclusión de que nadie vaya a ganar nada si de hecho o de derecho levantamos barreras, troceamos o ponemos en riesgo el mercado interior de nuestro país.

Éstos son elementos básicos de reflexión y estas cuestiones forman parte del reto esencial de nuestro país en estos momentos. Y permítanme ustedes que le traslade una consideración: en mi opinión, los próximos años españoles son años cruciales, decisivos, que los podemos aprovechar o los podemos desperdiciar. Y en esos años cruciales, y en este año ya crucial, el primero de los años cruciales, si ustedes quieren, tenemos que contestar a preguntas sencillas: qué aspiramos a ser, qué queremos ser, qué pretendemos.

Tenemos razones para, cuando miramos atrás el último cuarto de siglo español, sentirnos satisfechos, pero tenemos la obligación de preguntarnos: ¿y ahora qué? ¿Estamos decididos a convertir a nuestro país definitivamente en uno de los países grandes? ¿Vamos a tener la ambición, la capacidad, la voluntad y los proyectos necesarios para ser, actuar y permanecer entre los países grandes? ¿Preferimos, tal vez, una actitud más conformista y dejarnos simplemente llevar por un bien pasar o un bien vivir, sin más ambiciones, o preferimos, por el contrario, otro tipo de políticas que, sin duda, nos hagan estar más pendientes de lo inmediato, más pendientes del corto plazo, pero que carecen de esa visión global en el mundo de hoy o de esa ambición de un país que tiene capacidad para estar, para ser y para actuar como uno de los países grandes?

Yo quiero decir que eso nos lo vamos a jugar en los próximos años y no quiero que nadie dude de cuál es mi intención, cuál es mi idea, cuál es mi proyecto y cuál es mi determinación. No impulsaré yo otra política que no sea ésta que estoy diciendo: la de un país ambicioso, consciente de sus posibilidades y que, naturalmente, es capaz de tener, de hacerse un hueco y de mantenerse claramente entre los grandes.

Ésa es la oportunidad de España, y en esa oportunidad de España, de esa España europea, la realidad mundializada, la globalización, supone, en mi opinión, también una gran oportunidad. Aprovecharla va a depender tan sólo de nosotros y de todos nosotros.

Yo sé muy bien que en nuestro país, que tiene sus virtudes y sus defectos, uno de los segundos es a veces no querer asumir directamente sus responsabilidades; pero quiero decir que eso dependerá estrictamente de nosotros, de los que tienen la responsabilidad de hacer empresa y de los que tienen la responsabilidad de hacer política, en gran medida, y especialmente para hombres de empresa y para hombres políticos, si pensamos, por ejemplo, en lo que suponen la nueva economía y las nuevas políticas en las que yo veo que este ritmo de transformación está sirviendo para clarificar muchas cosas: está sirviendo para despojarnos, tanto a políticos como a empresarios, de antiguas y decadentes patentes que en muchos casos sólo sirven para ocultar antiguas incapacidades o nuevos complejos.

Esta fuerte transformación está contribuyendo a situar a cada uno en el lugar que le corresponde en el escenario político y económico. Es evidente que nadie nos regalará nada, pero es evidente que lo más importante hoy es que tenemos capacidad para ser mucho más ambiciosos de lo que somos en este momento.

Si aceptamos, por ejemplo, que hoy ya no tienen sentido los marcos monopolísticos que coartan la competencia, la creatividad y la riqueza, también debemos asumir que en política ya no son aceptables las políticas de gasto y de endeudamiento que solamente buscan salir a corto plazo de la situación, que buscan un aplauso muy pasajero, sin pensar en lo que eso supondrá y pesará en la deuda que tendremos que pagar el día de mañana.

Yo creo que la claridad y la seriedad en las cuentas ya no sólo es exigible a los empresarios, sino que los responsables políticos, todos, donde estén, debemos asumir también esa realidad; y que esta nueva mentalidad política y económica es la filosofía más saludable, más positiva y, si me permiten la expresión, más higiénica que podemos ofrecer a nuestra sociedad.

Mi deseo es que traslademos esa mentalidad a todos los ámbitos de nuestra sociedad. Yo creo que éstas no son actitudes que resulten ajenas precisamente al Círculo de Economía; son actitudes que forman parte de una mentalidad emprendedora, que constituye una verdadera identidad.

Si les damos un impulso definitivo a esas ideas, a esas mentalidades y a esas posibilidades, estoy seguro de que el ambicioso futuro de España será un futuro en el cual los españoles habremos aprovechado la oportunidad. Eso es lo que yo quiero proponer esta tarde aquí, en el Círculo de Economía, en Sitges: que aprovechemos esa oportunidad, conscientes de nuestras capacidades, con la determinación, con la voluntad y con los proyectos de hacerla posible.

Muchas gracias, señor presidente, y muchas gracias a todos.